



ANTONIO DE ARMENTERAS, «Romea. *Galatea*, farsa de José María de Sagarra», a *La Prensa*, 7-XI-1964.

En aquel entonces destartado teatro Victoria del Paralelo, sin ambiente y con una temperatura, por excesivamente baja, insoportable, se estrenó en la noche del 15 de diciembre del año 1948, esta farsa de José María de Sagarra. Se comprende que en esas condiciones la obra no alcanzase el éxito que su autor ilusionaba.

Debido a eso, la reposición tenía un gran interés ya que puede decirse que *Galatea* quedó inédita.

Teatralmente, esta farsa no es ni mucho menos una de las obras más logradas del ilustre dramaturgo y poeta que tanta gloria dio a la escena vernácula. Es abrumadoramente discursiva, y la acción en cada cuadro —que son mucho [*sic*]— no ofrece más interés que lo que los personajes hablan durante una misma situación reiteradamente prolongada. Únicamente en dos de esos cuadros surge el drama de una manera tan violenta como convencional. La consecuencia de esas grand-guiñolescas escenas son dos muertes: una de un disparo a bocajarro; y



la otra, de una puñalada propinada con espectacular aire circense.

Aparte de esto, esos continuos cortes de la representación, que motivan su continuación en los más heterogéneos escenarios, y las explicaciones, que ante cortina echada da al público en dos ocasiones uno de los personajes, contribuyen a la mayor desorientación, ya que, confieso noblemente que yo al menos no llegué a deducir qué propósitos moralistas persiguió Sagarra al escribir esta sátira, cuya protagonista *Galatea* es una domadora de focas que debido a la supuesta guerra que conmociona al mundo, se ve obligada a vender sus bichos para poder seguir viviendo y continuar su vida por demás accidentada y falta de toda clase de escrúpulos, como faltos de ellos están también los restantes personajes de significado simbólico aunque no acabase de comprender lo que simbolizaban.

Lo que resultó extraordinario fue la interpretación: al papel de esa mujer fría, caprichosa y sin voluntad le dio vida en perfecta compenetración con el espíritu del mismo, Teresa Cunillé. Pablo Garsaball encarnó la figura del intemperante y borrachín ex payaso —personaje que ya interpretó



cuando la obra fue estrenada— poniendo de manifiesto su arte de extraordinario actor. Pero para mí, y después de dejar constancia que todos cuantos intervinieron en el extenso reparto estuvieron irreprochables, la sensación de la noche la causó Juan Velilla con su interpretación, prodigiosa de matiz, y de naturalidad. Fue una creación portentosa que acabó de descubrir su calidad de excepcional actor. Estuvo en todo momento dentro de su papel, y, ceñido a la más admirable sobriedad, supo dotarlo de brillantez deslumbradora.

La representación fue seguida con manifiesto interés y al final de cada uno de los tres actos los aplausos obligaron a que el telón se alzara infinidad de veces.